

# Socorrismo en zonas alejadas para primeros respondientes. Donde lo inesperado cobra sentido

Florencia Rosa Cafarelli  
florenciarosa@seargentina.com

Cuando hablamos de **primeros socorros agrestes** tenemos esa sensación de estar ingresando a un mundo desconocido, inhóspito, alejado, impredecible y solitario. Bueno, algo de eso podría ser cierto si lo miramos con ojos ciudadanos, pero desde la perspectiva de las zonas agrestes, hay una dinámica propia que merece ser respetada y comprendida. El diccionario de la Real Academia Española (RAE) define *rural* a aquello “perteneciente o relativo a la vida del campo y a sus labores”, si hablamos de *agreste*, nos referimos a algo que es “áspero, inculto o lleno de maleza”. Sin embargo, para el mundo de la atención pre-hospitalaria, cuando nos referimos a que algo es agreste hacemos alusión a aquellas zonas donde la atención definitiva, de cualquier índole, se encuentra a más de una hora de donde sucede el incidente. En este sentido, corresponde aclarar que la **atención definitiva**, solamente pueden ofrecerla las instituciones médicas ya que son las únicas que cuentan con los recursos para realizar los estudios completos y brindar apoyo psicosocial de acuerdo a la afección de la víctima.

Si nos remontamos un poco a la historia, esta atención pre-hospitalaria proviene del periodo antiguo (Egipto, Grecia y Roma) donde se prodigaban atenciones de forma rudimentaria con elementos mágicos y religiosos, exorcismos (entre otros); y conocían la anatomía del cuerpo humano debido a que momificaban los cuerpos. Siglos más tarde, en 1950, podemos observar cómo fueron surgiendo nuevas situaciones, sobre todo en terreno, que requieren cierta atención por lo cual es necesario dar respuesta inmediata a los heridos con protocolos de atención más claros, con traslados más rápidos y con personal más capacitado. El mundo avanza, las sociedades cambian y ese desarrollo implica que las capacitaciones destinadas a dar una correcta respuesta en estos escenarios agrestes, no solamente tienen que contemplar al ámbito militar sino también a la población

civil que es, generalmente, quien llega primero a la escena. Es así que el perfeccionamiento junto a la atención en la evaluación primaria, la evaluación secundaria, la estabilización, el transporte y los primeros auxilios emocionales van abriéndose paso. En estas zonas alejadas, que denominamos agrestes, los recursos son limitados y los tiempos de traslado son extensos, los métodos usuales son ineficaces y, generalmente, las respuestas de atención temprana que puede darse pueden no ser suficientes. Por ello mismo, se solicita la asistencia y asesoramiento a entidades, instituciones, grupos especializados u organizaciones externas que puedan contribuir a nuestro desempeño, a la hora de dar respuesta a las necesidades inmediatas.

Cuando hablamos de socorrismo en zonas agrestes nos referimos a las intervenciones donde todos los recursos, propios y del ambiente, nos ponen a prueba y requieren que utilicemos nuestros mecanismos de adaptación para sobrellevar esa situación inesperada. Trabajar en zonas agrestes representa un desafío en el cual nuestras propias capacidades, serán puestas a prueba, alcanzarán su límite máximo y tendrán una gran sobrecarga. Es importante mencionar que no todas las instituciones de primera respuesta pueden o deberían prestar servicio en

estas zonas debido a que la preparación física y mental es exhaustiva; la formación debe ser específica en cuanto a anatomía, fisiología, a la cadena y compresión del shock, y la decadencia que afecta al cuerpo humano en estas situaciones alejadas de entornos cuidados como los hospitales. El traslado debe ser oportuno y cuidadosamente planificado. Hay que tomar decisiones y se debe contar con aplomo suficiente para afrontar situaciones reales en el medio de la nada misma. Definitivamente, nada nos enseña acerca de los propios límites y de cómo cuidar al personal, de acuerdo con su preparación y capacitación.

Ingresar al mundo agreste, significa estar plenamente conscientes del enorme esfuerzo físico y





mental; de que la soledad del lugar nos pone a prueba de cuán preparados estamos; adaptarnos a un sistema de creencias peculiares donde lo sucedido es parte del destino y diferente a las grandes ciudades que tienen todo para la asistencia. Todo esto requiere de la percepción certera de que los recursos materiales son escasos a nulos y que, en ciertas ocasiones, debemos improvisar; abandonar la zona de confort. Afrontar el estrés implica enfrentarnos a lo “inesperado”, y que puede convertirnos en víctimas de un momento a otro. Sentimientos como el miedo, la angustia, la desazón, desesperanza, desamparo pueden ser algunos compañeros de ruta de quienes tienen el rol de asistencia en áreas agrestes. La inestabilidad de la situación toma protagonismo, lo cual implica un desequilibrio, una ruptura, una pérdida. Ser activos partícipes de la posición en la que estamos nos dará la serenidad para enfrentar la situación que se presenta. Por ello, estar preparados para estas intervenciones es una tarea ardua que, increíblemente, es subestimada pensando que es factible responder de la misma manera en una ciudad que en una zona despoblada y austera. De allí surge el primer y más importante error: creer que todas las situaciones se pueden resolver de la misma manera.

Las zonas agrestes corresponden a una gran porción del extenso territorio argentino. Llegar a ellas requiere de un esfuerzo físico y realizar una rápida adecuación a la idiosincrasia del lugar para poder interactuar, trabajar y coincidir. El desafío de poder ser convocados y trabajar en estas situaciones nos permite desarrollar habilidades impensadas que nos convierten en profesionales a todo terreno. Lo fundamental es reconocer nuestros propios límites y aceptarlos. Es crucial conocer la potencialidad



***En primeros socorros agrestes tenemos esa sensación de estar ingresando a un mundo desconocido, inhóspito, alejado, impredecible y solitario***

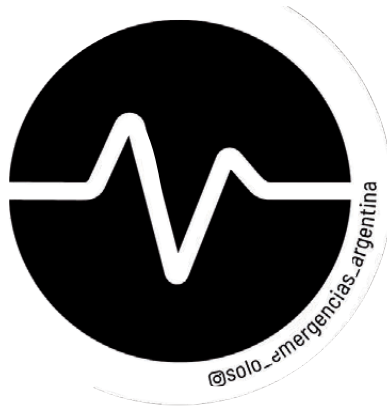
individual y del equipo que acompaña. Ninguna persona en esta tierra está preparada para darlo todo sin consecuencias, ni le es ajeno el dolor ni el miedo. Valorar y destacar la destreza del personal y ubicarlo en la zona donde sus habilidades se encuentran potenciadas al máximo es un don que debemos inculcar y enaltecer. Los primeros socorros en medios agrestes son un gran reto para los equipos de intervención. Formarse y capacitarse en diferentes ámbitos de la emergencia sugiere un gran desafío en estos tiempos tan complejos donde lo efímero se vuelve insostenible. Crear equipos de trabajo sólido con diversidad en las capacidades de intervención, realizar el acompañamiento emocional como una parte fundamental para cuidar al otro, aceptar nuevos métodos y tener la certeza de la necesidad de la continua evolución es parte de todo lo que se requiere para estar a la altura de las circunstancias.

En mi caso particular como bombero voluntario y agente de la Administración de Parques Nacionales, he prestado servicios a múltiples y diversos eventos de trauma, personas perdidas en montaña, rescate en sen-



deros riesgosos y atenciones básicas de primeros auxilios como golpe de calor, toma de tensión arterial, deshidratación, quemaduras, lesiones en tejido blando, entre otras. En las Áreas Protegidas de la Argentina y en las localidades aisladas en las diferentes provincias, cada pequeña urgencia puede convertirse en una emergencia rápidamente por las complicaciones de terreno, los tiempos prolongados que debemos esperar al servicio de emergencia y el escaso equipamiento que transportamos. El equipo que transportamos en las zonas agrestes, por supuesto que es básico, por este motivo es fundamental tomar conciencia y crear redes de ayuda y soporte mutuo entre diferentes instituciones, que permitan fortalecer a las comunidades y bajar la vulnerabilidad.

La capacitación debe ser exhaustiva y certera, adaptándose a las realidades circundantes de estos espacios, donde los conocimientos sobre atenciones pre-hospitalarias pueden fallar rotundamente. La capacitación nos permite adaptarnos a esta situación y juntos acordar



acciones que nos enriquezcan a todos de acuerdo con la posibilidad y oportunidades del sitio. Desde mi punto de vista, y después de tener la oportunidad de llevar la atención pre-hospitalaria en zonas agrestes, considero indispensable comprender las fortalezas del lugar como también sus debilidades, reacondicionar, readaptarse, ser empático con la cultura, y aportar desde la realidad y no desde la fantasía de lo que debería ser. De esta forma, vamos a salir triunfantes porque lo que aportemos es lo que verdaderamente podremos garantizar. Confío en la prevención como elemento imprescindible, en la profesionalización del personal, en reconocer el trabajo, premiarlo y alentar a cada agente a seguir en este camino. Acompañar y proteger.

Hablando de elementos imprescindibles, practicar la empatía con quien está transitando una situación de extrema vulnerabilidad resulta crucial. Y, entre otras cosas, ser conscientes de que en muchas ocasiones, la enorme responsabilidad que tenemos nos lleva a nosotros mismos a estar del otro

lado. Seamos tremendos profesionales. Seamos amables. Seamos generosos.

Florencia Rosa Cafarelli. Instructora en socorrismo agreste. Área de Capacitación de la Administración de Parques Nacionales de la República Argentina.

